



PENSAMIENTOS Y EXIGENCIAS DEL CRISTIANO

Pensar es vivir, por eso supone -como la vida- esfuerzo y riesgo. Quien no piensa se autodestruye. Es importante pensar con sabiduría, es decir, pensar bien para vencer el mal y alcanzar la verdadera grandeza. Sin embargo, continuamente constatamos lo difícil que es pensar sabiamente, lo trabajoso que es superar nuestros radicales desconocimientos. El pasaje del libro de la Sabiduría que hoy se lee nos recuerda que apenas conocemos las cosas terrenas, que estamos llenos de pensamientos mezquinos y razonamientos falibles.

En el hombre mismo y en sus limitaciones surge la dificultad de entender las cosas celestes y descubrir los designios divinos. Lo trascendente nunca se puede abaratar, ni el misterio se aclara con respuestas superficiales; por eso, cuando se saben plantear las grandes "preguntas" vitales con honradez, se rastrean las cosas celestes sin prejuicios y se escudriñan las intenciones de Dios con alma limpia, se alcanza la verdadera sabiduría que es la fe. Bien sabemos que la voluntad de Dios no se conoce por simples esfuerzos intelectuales. El cristiano, aunque está enraizado en la tierra, penetra en el mundo de lo divino por la sabiduría del Espíritu, que viene de arriba. De ahí que sus pensamientos sean más altos y mejores, porque están cargados de fe, esperanza y amor.

Todo cristiano debe pensar con frecuencia en las exigencias que comporta ser discípulo de Jesús y seguir sus huellas. La rutina de la vida nos hace olvidadizos y desmemoriados para las condiciones del seguimiento evangélico, que han de ser entendidas siempre en un plano positivo, no como pérdida, sino como ganancia.

Las exigencias que nos recuerda el texto evangélico de este domingo, texto verdaderamente interpelante, se concretan en dos verbos: posponer y renunciar. La fidelidad a Cristo exige primacía, es decir, si es necesario hay que posponer incluso a la propia familia, cuando la atadura de los afectos impide la vivencia cristiana.

El seguimiento de Jesús ha de valorarse como supremo bien; por eso, no es de extrañar que haya que renunciar a otros bienes, que en óptica cristiana han de ser entendidos como inferiores, aunque los criterios valorativos terrenos los exaltan como absolutos y definitivos. Para poderse llenar de Dios, hay que vaciarse de las cosas mundanas.

Andrés Pardo

Palabra de Dios



Pues, «¿qué hombre conocerá el designio de Dios?, o ¿quién se imaginará lo que el Señor quiere? Los pensamientos de los mortales son frágiles e inseguros nuestros razonamientos, porque el cuerpo mortal oprime el alma y esta tienda terrena abruma la mente pensativa. Si apenas vislumbramos lo que hay sobre la tierra y con fatiga descubrimos lo que está a nuestro alcance, ¿quién rastreará lo que está en el cielo?, ¿quién conocerá tus designios, si tú no le das sabiduría y le envías tu santo espíritu desde lo alto? Así se enderezaron las sendas de los terrestres, los hombres aprendieron lo que te agrada y se salvaron por la sabiduría».

Sab 9,13-18

R/. Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.

Tú reduces el hombre a polvo, diciendo: «Retornad, hijos de Adán». Mil años en tu presencia son un ayer que pasó; una vela nocturna. Si tú los retratas son como un sueño, como hierba que se renueva: que florece y se renueva por la mañana, y por la tarde la siegan y se seca. Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato. Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? Ten compasión de tus siervos; por la mañana sáclanos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y júbilo. Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos. Sí, haga prósperas las obras de nuestras manos.

Sal 89

Prefiero apelar a tu caridad, yo, Pablo, anciano, y ahora prisionero por Cristo Jesús. Te recomiendo a Onésimo, mi hijo,

a quien engendré en la prisión. Te lo envío como a hijo. Me hubiera gustado retenerlo junto a mí, para que me sirviera en nombre tuyo en esta prisión que sufro por el Evangelio; pero no he querido retenerlo sin contar contigo: así me harás este favor, no a la fuerza, sino con toda libertad. Quizá se apartó de ti por breve tiempo para que lo recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido, que si lo es mucho para mí, cuánto más para ti, humanamente y en el Señor. Si me consideras compañero tuyo, recíbelo a él como a mí.

Flm 9b-10.12-17

Mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo: «Si alguno viene a mí y no pospone a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío. Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran, diciendo: “Este hombre empezó a construir y no pudo acabar”. ¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que lo ataca con veinte mil? Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz. Así pues, todo aquel de entre vosotros que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío.

Lc 14,25-33

de la Palabra a la Vida



Todo el mundo se considera a sí mismo sensato y razonable, nadie toma decisiones sin justificar y eso nos hace pensar que siempre obramos con equilibrio y acierto. Sin embargo, la adquisición de un corazón sensato, la sensatez, la sabiduría que proviene del Espíritu Santo, la inteligencia que Cristo espera de sus discípulos, la que Él quiere inculcarles, es el gran misterio que hay que aprender. No nos viene "de serie". Sí, es un misterio, no se aprende en los libros, no se memoriza sin más: "Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío". La sabiduría del que sigue a Cristo es la sabiduría de la cruz. Aquel que quiera salir de casa para agradar al Señor, para vivir en la Iglesia, pero no coja lo imprescindible, no podrá hacer ese camino. Hará otro. Pero se quedará lejos de seguir al Señor.

Por eso, antes de decidir seguirle cada día, uno tiene que tener la seguridad de haber cogido bien fuerte la cruz, el elemento imprescindible para aprender la sabiduría divina. La sabiduría de la cruz hace que todo lo demás vaya detrás de Dios. Hasta los seres más queridos, los bienes más aceptados, todo debe ser relacionado con nosotros en función de lo que Dios diga, no de lo que el discípulo razone o calcule.

La Iglesia, que ha aprendido a seguir así al Maestro, quiere ayudarnos con el rezo del Salmo 89: Cuando uno levanta la mirada y contempla lo inalcanzable de la creación, el poder del creador, y se da cuenta de que, en medio de tanta inmensidad, está protegido por Dios; cuando uno advierte de la seguridad que Dios concede al hombre a pesar de su pequeñez en el cosmos... entonces toma conciencia de que sólo Dios hace que esto sea refugio para nosotros, que sólo Dios es verdadero refugio. Y ese cobijo lo ha recibido el hombre bajo el árbol de la cruz. En él hay sombra para el descanso, una referencia para la vida.

Por eso, tan prudente y sabio como calcular soldados para la batalla, tan inteligente como hacer cálculos para construir una torre, es seguir al Señor abrazado al misterio de la cruz. Avanzar con la cruz es hacer de la vida un camino de servicio, de entrega propia, lejos del calor del mundo, del aplauso. Pero avanzar con la cruz supone tener la llave que abre el misterio de nuestra existencia. ¿Quién conoce el designio de Dios? Ya advertía la primera lectura: "Apenas conocemos las cosas terrenas, ¿quién rastreará las del cielo?" Nosotros no podemos por nosotros mismos decir: Dios quiere esto, quiere lo otro. Solamente Él puede revelarlo, y solamente lo hace a quien, como Él, vive abrazado a la cruz. No está en nuestras manos conocer el profundo designio de Dios si no está en nuestras manos la cruz de Cristo.

La celebración de la Iglesia es siempre comunión con el misterio pascual, con Cristo muerto y resucitado. En ella el cristiano ha de crecer en el valor de confiar en el Señor, confiar en su camino. "La estancia donde reposa la Iglesia es el Cuerpo de Cristo", decía san Ambrosio. Es en el altar donde encontramos refugio. Refugio, que no escondite: la comunión con la cruz de Cristo, que se hace en la Eucaristía, abre los ojos a reconocer el misterioso hacerse cada día del plan de Dios. ¿Descubro en la Iglesia el plan de Dios sobre mi vida? ¿Calculo, con la Iglesia y los sacramentos, acerca de mi batalla de cada día? ¿Sé poner la cruz de Cristo lo primero, por delante de otros amores, de otros deseos, de otros proyectos? ¿Qué lugar ocupa la sabiduría de la cruz en mis decisiones sobre mí o sobre mi familia o amigos? Nos queda camino, en muchas ocasiones no vemos bien el horizonte... entonces la cruz es el faro que nos ratifica en la correcta decisión, luz que el mundo no puede ver.

Diego Figueroa

al ritmo de las celebraciones



Algunos apuntes de la espiritualidad litúrgica

La Sagrada Eucaristía culmina la iniciación cristiana. Los que han sido elevados a la dignidad del sacerdocio real por el Bautismo y configurados más profundamente con Cristo por la Confirmación, participan por medio de la Eucaristía con toda la comunidad en el sacrificio mismo del Señor.

"Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura" (SC 47).

(Catecismo de la Iglesia Católica, 1322-1323)

para la semana

Lunes 5: De la XXIII semana del Tiempo Ordinario. Feria.

1Cor 5, 1-8. Quitar la levadura vieja, porque ha sido inmolada nuestra víctima pascual, Cristo.

Sal 5. Señor, guíame con tu justicia.

Lc 6, 6-11. Estaban al acecho para ver si curaba en sábado.

Martes 6: De la XXIII semana del Tiempo Ordinario. Feria.

1Cor 6, 1-11. Un hermano tiene que estar en pleito con otro, y además entre no creyentes.

Sal 149. El Señor ama a su pueblo.

Lc 6, 12-19. Pasó la noche orando. Escogió a doce y los nombró apóstoles.

Miércoles 7: De la XXIII semana del Tiempo Ordinario. Feria.

1Cor 7, 25-31. ¿Estás unido a una mujer? No busques la separación. ¿Estás libre? No busques mujer.

Sal 44. Escucha, hija, mira: inclina el oído.

Lc 6, 20-26. Dichosos los pobres; ¡ay de vosotros, los ricos!

Jueves 8: Natividad de la Santísima Virgen María. Fiesta.

Miq 5, 1-4a. El tiempo en que la madre dé a luz. **O bien:** Rom 8, 28-30. A los que había escogido, Dios los predestinó.

Sal 12. Desbordo de gozo con el Señor.

Mt 1, 1-16. 18-23. La criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo.

Viernes 9: Santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro. Memoria.

1Cor 9, 16-19. 22b-27. Me he hecho todo a todos, para ganar a algunos.

Sal 83. ¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos!

Lc 6, 39-42. ¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego?

Sábado 10: De la XXIII semana del Tiempo Ordinario. Feria.

1Cor 10, 14-22. Aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan.

Sal 115. Te ofreceré, Señor, un sacrificio de alabanza.

Lc 6, 43-49. ¿Por qué me llamáis "Señor, Señor" y no hacéis lo que digo?

Con la colaboración de la Consejería de
Educación, Universidades, Ciencia y
Portavocía de la Comunidad de Madrid

Nº 1235

Edita: Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid
Dep. Legal M-1652-989
Imprime: Famprint, S.L.